

"¡Preparad el camino del Señor, trazad un sendero para nuestro Dios!" (Is 40, 3).

"¡Preparad el camino del Señor, trazad un sendero para nuestro Dios!"

El grito de Isaías es un grito de esperanza que surge de entre el pueblo de Israel, exiliado desde hace cincuenta años en Babilonia. Finalmente, el Señor ha enviado a su mensajero a anunciar la liberación, el retorno a la patria. Al igual que en los tiempos de la esclavitud en Egipto, Dios se pondrá a la cabeza de su pueblo y lo reconducirá a la Tierra Prometida. Por eso hay que volver a poner en condiciones los caminos, rellenar los pozos, hacer transitables los pasos inaccesibles, tal como se hacía cuando un rey tenía que trasladarse a sus provincias.

Cinco siglos más tarde, Juan el Bautista, en las riberas del río Jordán, hace suyo el anuncio de alegría del profeta Isaías; esta vez quien está por llegar es el Mesías en persona.

"¡Preparad el camino del Señor, trazad un sendero para nuestro Dios!"

Todos los años, cuando se acerca Navidad, escuchamos esta invitación. Dios, que desde siempre ha manifestado su deseo ardiente de estar con sus hijos, viene "a habitar entre nosotros"(1). Hoy también está a la puerta y llama, porque quiere entrar, "cenar" con nosotros (2).

Nosotros mismos, muchas veces, advertimos el deseo de estar con él, de tenerlo cerca en el camino de la vida, de ser inundados por su luz. Pero, para que él pueda entrar en nuestra vida, hay que quitar los obstáculos. No se trata entonces sólo de allanar los caminos, sino de abrirle el corazón.

Es el propio Jesús el que enumera algunas de las barreras que le cierran el camino: "las malas intenciones, las fornicaciones, los robos, homicidios, los adulterios, la avaricia, la maldad, los engaños, las deshonestidades, la envidia, la difamación, el orgullo..." (3). A veces se trata de rencores para con parientes o conocidos, prejuicios raciales, indiferencia ante las necesidades de los que tenemos al lado, falta de atención y de amor en familia...Ante los muchos obstáculos que impiden el encuentro con Dios, se nos presenta de nuevo la invitación:

"¡Preparad el camino del Señor, trazad un sendero para nuestro Dios!"

¿Cómo prepararle concretamente el camino? Pidiéndole perdón cada vez que nos damos cuenta de que hemos levantado una barrera que impide la comunión con él. Es un acto sincero de humildad y de verdad con el cual nos presentamos tal como somos, y le confiamos nuestra fragilidad, nuestros errores, nuestros pecados. Es un acto de confianza con el cual reconocemos su amor de Padre "lento para el enojo y de gran misericordia" (4).

Es la expresión del deseo de mejorar y volver a comenzar siempre. Quizás por la noche, antes de dormir, sea el momento más adecuado para detenerse a analizar la jornada transcurrida y pedirle perdón. También podemos vivir con mayor conciencia e intensidad el inicio de la celebración de la Eucaristía cuando, junto con la comunidad, pedimos perdón por nuestros pecados. O puede ser de gran ayuda la confesión personal, sacramento del perdón de Dios; un encuentro con el Señor, en el que se pueden ofrecer todas las equivocaciones que hemos cometido. Volvemos a empezar salvados, con la alegría de redescubrirnos verdaderos hijos de Dios, con la certeza de que nos ha hecho nuevos.

Es Dios mismo, con su perdón, el que quita todos los obstáculos, el que "allana el camino" y restablece otra vez la relación de amor con cada uno. Eso es lo que experimentó Luisa. Una vida atormentada, con su grupo de amigos, con la droga, la pérdida de criterios morales. Intentó volver a subir la cima, hasta

que logró liberarse de la drogadicción. Sin embargo, quedó marcada de manera irreparable. Después de un casamiento civil apresurado, advirtió los primeros síntomas del SIDA. Su marido, entonces, la abandonó.

Luisa descubrió que estaba sola, con el peso de sus fracasos, hasta que encontró a un grupo de cristianos que vivían la Palabra de Dios y compartían sus experiencias. Descubrió un mundo que hasta entonces le era desconocido. Al conocer un Dios que es Padre, que es Amor, Luisa no puede guardarse para sí sus pecados y cree en su perdón. Su vida cambia: el perdón le abre las puertas de una alegría que nunca antes había probado, a pesar de la enfermedad y el dolor. En su rostro florece una belleza a la que no afecta el avance de la enfermedad. Los médicos quedan asombrados por su serenidad; ella experimenta un nuevo nacimiento. El día de su muerte está vestida de blanco, como había querido. El camino está allanado para el encuentro, para el Cielo.

1)Jn1, 14; 2)Cf. Ap 3,20; 3)Mc 7,21-22; 4)Sal 103,8.

Chiara Lubich